

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Itzel Bruno  
Universidad Veracruzana

“Cuando no se tiene nada que hacer”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 63, enero-marzo de 2023, p. 66.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# Cuando no se tiene NADA QUE HACER

Itzel Bruno

Si uno es fumador no tarda en prender un cigarro, pero luego habrá que encender otro porque las vaguedades no se acaban, como que, faltando a la fe, suponemos que existió una razón de más peso que la mera filantropía para que Jesús muriera.

Cuando no se tiene nada que hacer, pensar resulta altamente peligroso, pues no encontrarse en situaciones comunes (muy comunes) como ver la televisión, estar en el trabajo a las acostumbradas horas, incluso no poder resistir la tentación de salir huyendo a la calle, a encontrar a los amigos, de sugerirles una cerveza, puede introducirnos en un lapso de embelamiento que resulta dañino, que nos sienta en un sillón por horas, ideando planes –desde los muy simples hasta los muy complejos, desde los muy inocentes hasta los más siniestros– para tener dinero de sobra y pagar el cable, para llevar a los niños a la comida rápida el fin de semana, para ya no postergar más esa salida al café que ha quedado pendiente desde hace un mes con una amiga.

Nos detiene el ocio, decía yo, en un mar de pensamientos, dentro de los que cuestionamos las vaguedades de la vida, las que no se saben nunca pero, vaya, que una persona llega, nos enseña y dice “es esencial para vivir”, como las matemáticas; uno piensa, entonces, en la cifra que le sigue al 16 en Pi, que vaya usted a saber cuál es, cuando ya está apaleado y arrellanado, con la mano sobre el mentón alzado. Si uno es fumador no tarda en prender un cigarro, pero luego habrá que encender otro porque las vaguedades no se acaban, como que, faltando a la fe, suponemos que existió una razón de más peso que la mera filantropía para que Jesús muriera, que mi poema de concurso en cuarto grado era mejor que el que ganó, que sin duda debe haber un descuento en el coche de segun-

da que quiero si la abolladura no cede, o quizá lo más banal, que nunca pudo encontrar uno más valentía o más descaro en persona alguna como lo hacemos con los denominados artistas contemporáneos.

Puede ocurrir también, yo creo, una elección contraria y es que no se piense nada: que la desgana sea mucha y el ocio tanto que solo podamos cruzarnos de piernas en el sofá, mirar a todos lados y no encontrar salida, de manera que no haya más que alzar otra vez el mentón y ver lo primero que se encuentre: el reloj de pared, lo suficientemente grande como para saber la hora desde allí, y mirar (porque hay que decirlo: el tiempo así sí puede verse) los segundos, los minutos transcurridos desde las seis en punto, hora en que ya se ha terminado de levantar la mesa y se han lavado los trastes. Las seis, decía, y uno, dos, tres, cuatro, cinco... El segundo a compás, con ritmo como una marcha: uno, dos, uno, ajustando imaginariamente esa marcha al tiempo de la manecilla con cualquier pieza de un compositor deseado. Podemos seguir así hasta que dan las nueve de la noche y se da uno cuenta de que no ve nada. La esposa llega a casa, le tocó el turno de la tarde, y saluda.

Acto peligroso el de pensar, valeroso, pues los riesgos van desde dejar encendido el coche, hasta no apagar la lumbre o, no menos importante, quedar pasmado, tornar la mirada expectante a la mujer, para después enarcar las cejas y llevarse las manos a la cara cuando ella pregunta si uno recogió a los niños. **LPyH**

**Itzel Bruno** es egresada de la Facultad de Letras Españolas (UV). Se dedica a la corrección de estilo, la literatura y las artes escénicas.